

PENSAR EL FUTURO.

LA PROSPECTIVA COMO EJERCICIO DE PLANTEAMIENTO CIENTÍFICO Y TECNOLÓGICO

*Lic. Jorge Elbaum**

El futuro está oculto detrás de los hombres que lo hacen.

Anatole France

El sueño fecunda la realidad; conspirar por un futuro deseado es no sufrir más por el presente. Así, la actitud prospectiva no consiste en esperar el cambio para reaccionar —la flexibilidad por sí misma no conduce a ninguna parte—, sino que pretende dominar el cambio en el doble sentido, el de la preactividad (prepararse para un cambio esperado) y el de la proactividad (provocar un cambio deseado): es el deseo, fuerza productiva del futuro.

Michael Godet

En muchas ocasiones quienes piensan y se encuentran comprometidos con el presente asumen el futuro como una utopía que libera del peso cotidiano o como un compromiso destinado a modelar los presentes del porvenir. Quienes se dedican a estudiar, prever o simplemente divisar los futuros posibles están convencidos de que su relevamiento supone una herramienta ineludible para moldear los caminos y los horizontes del porvenir.

Los estudios de futuro no son ejercicios de ciencia ficción o simples planteamientos visionarios de pensadores futuristas ni deseos inscriptos en ensayos morales. Tampoco son discursos proféticos o repeticiones de tendencias a partir de presentes supuestamente inmutables. Los estudios de futuro suponen tanto la existencia de condicionamientos y tendencias como el reconocimiento del azar como combinatoria inusitada de irrupciones no previstas. Supone, también, la posibilidad de generar cambios, nuevas tendencias y/o insertar nuevos caminos en el transcurso de trayectos cronológicos.

Acuña y Konow han planteado una formulación sensibilizadora con el objetivo de analizar los atributos característicos del y/o de los futuro/s.¹ Estos autores han establecido una formulación para el futuro, en términos de tres factores:

- (1) Tendencia o inercia histórica, enmarcada en las estructuraciones existentes, configuradas originalmente por la combinación —o supremacía— de lógicas naturales o sociales. En el espacio de lo social, dichas regularidades pueden ser entendidas como el resultado de la negociación o la imposición de determinadas reglas del

* Sociólogo, Secretario adjunto de CyT de la Universidad Nacional de La Matanza. Investigador de temáticas de Desarrollo, Ciencia y Tecnología. E-mail: jelbaum@unlam.edu.ar.

juego social que tienden a reproducirse. Las tendencias suponen que una parte del futuro está condicionada por las génesis anteriores. Por las marcas que dejaron las irrupciones anteriores, las huellas que fueron fijadas luego de las luchas por la imposición de intereses, voluntades conscientes o no deliberadas. Las tendencias funcionan como sociogénesis de futuros porque son el resultado de contingencias pasadas que se han instituido, cristalizado o estructurado.²

- (2) Evento/s o acontecimiento/s inesperado/s producto de las acciones no queridas o buscadas, desconocimiento, mutación y/o hibridaciones varias: Consecuencias tanto de acciones sociales como de fuerzas naturales desconocidas no previsibles por el conocimiento humano disponible en un momento determinado de la historia. Una parte del futuro no es previsible. Pero el conocimiento de esta particularidad hace que lo imprevisible –como proceso– pueda ser tomado en cuenta y dimensionalizado en las estrategias destinadas a reducir la contingencia.
- (3) Voluntad de llevar a cabo objetivos individuales y/o colectivos. Voluntad dispuesta a imponerse a otras voluntades, a las regularidades existentes o a las fuerzas de la naturaleza. Dichas disposiciones tienen capacidad potencial –aunque no garantía– de:
 - (a) tergiversar tendencias,
 - (b) propiciar la irrupción de eventos generadores de nuevas tendencias, y
 - (c) limitar o morigerar la irrupción de acontecimientos sorpresivos.

La expresión sintetizada de estos factores que contribuyen a delinear el/los futuro/s (F) puede expresarse de la siguiente manera:

$$F = T + E + V$$

Donde:

T = Tendencias, inercias, regularidades o estructuraciones conformadas históricamente.

E = Evento/s o acontecimiento/s inesperado/s, sorpresivos, cuya irrupción no ha sido buscada deliberadamente por ningún actor.

V = Voluntad de llevar a cabo objetivos individuales y/o colectivos intentando consolidarlos como futuro.

La voluntad, el deseo, la convicción y las prácticas orientadas y deliberadas, destinadas a imponer un determinado destino, institución o regularidad, depende del poder material y simbólico que el/los actores poseen, de la cooperación (consensual) que logran generar con otros actores y de la capacidad de imponer determinados objetivos a los otros. Las acciones que construyen futuro son el resultado –entre otros factores– de la voluntad deliberada de los actores. Actores que combinan acciones cooperantes y conflictos, bús-

quedas de consensos e intenciones de coerción sobre otras voluntades. Actores que postulan determinados futuros y son capaces de trabajar cotidiana y estratégicamente para imponer ese futuro como realidad existente. Actores que intentan forzar, aprovechar, tergiversar o reafirmar las tendencias y regularidades pasadas con el objeto de instaurar determinadas voluntades y que buscan convencer, persuadir y legitimar dicho futuro como posible, realizable y deseable. Actores que para diseñar el futuro que pretenden impulsan la construcción de consensos aglutinando la mayor cantidad de voluntades posibles encolumnadas detrás de un objetivo de futuro determinado. Y que al mismo tiempo pueden —o son capaces— de enfrentarse a quienes se oponen a la instauración de esos horizontes buscados. El enfrentamiento, incluso, no es sólo con otras voluntades —que pueden querer imponer futuros alternativos— sino también con las tendencias y/o contra las consecuencias no queridas de su propia acción o de las acciones de otros actores comprometidos con futuros diversos.

Aunque ciertamente la voluntad, el deseo o la búsqueda deliberada de futuros pueda no ser descripta como la variable decisiva —e incluso ni siquiera la más relevante en términos de su peso específico— es indudable que no puede pensarse el porvenir sin dilucidar las conductas y acciones de los sujetos que contribuyen a uno u otro futuro.

Los estudios de futuro, al igual que cualquier investigación sistemática, dispone de un objeto, de técnicas metodológicas específicas y de alguna forma de validación de sus afirmaciones. La diferencia con otros objetos científicos es que la validez de sus postulados —escenificaciones o previsiones— no son ajenas al sujeto que las enuncia, es decir, no excluyen al investigador (al prospectivista) en aquel cambio que se prevé a futuro. Para ser explícita esta particularidad las ciencias sociales disponen de una proposición teórica conocida como “principio de Thomas” o “Efecto Teoría” a partir del cual se explica la particular integración que existe entre el sujeto que investiga y el objeto investigado. El “efecto teoría” puede explicarse simplemente a partir del hecho de que las clasificaciones y las formas de pensar o enunciar el mundo contribuyen a forjar ese mundo, o para decirlo de otra manera: lo que afirmamos sobre el mundo influye sobre ese mundo³. Las visiones que tenemos sobre la realidad no son sólo representaciones o nominaciones ingenuas e inocuas, son visualizaciones que condicionan las prácticas y las maneras de construir el presente y el futuro. Tienen la capacidad de convertirse en “profecías autocumplidas” convirtiendo a la voluntad y al deseo en principios generadores de futuro. Si, por ejemplo, una sociedad consensuara un modelo de país creyendo que es uno de los futuros posibles y realizables, y al mismo tiempo las herencias históricas de dicho país no fuesen contradictorias con esos deseos y proyecciones, el porvenir sería relativamente análogo a dichas utopías, siempre y cuando fuesen sistematizadas por la voluntad colectiva de su realización concreta.

El “Efecto Teoría” es otra manera de enunciar la “tautología de la creencia”, es decir el proceso por el cual tiende a ser “normal” determinado futuro porque justamente es coherente con los marcos de referencia de quien/quienes lo piensa/n en determinado momento histórico: la manera que tienen los sujetos sociales de enmarcar o teorizar los fenómenos —entre ellos el propio futuro— canalizan, permiten, sugieren y orientan determinadas formas de vincularse con ellas.

De alguna manera, una gran parte del contenido del presente trabajo está íntimamente relacionado con una profundización sobre los tres factores que condicionan el futuro. Las tendencias aparecen relevadas en los capítulos históricos, que puntualizan la importancia creciente de la incertidumbre, la lógica de la innovación económica y en el posicionamiento del evolucionismo económico como marco de referencia para captar las regularidades y las influencias que sigue teniendo el pasado. La voluntad, por su parte, está abordada en los capítulos dedicados a las políticas públicas y a la ética social que guía conceptualmente el trabajo. El tercer factor, las consecuencias no queridas de las acciones, el azar y las catástrofes no previstas son más difíciles de abordar, pero se encuentran parcialmente tratadas en el capítulo dedicado a la incertidumbre y en las secciones donde se abordan las externalidades y consecuencias ambientales de determinados modelos de desarrollo.

El abordaje sistemático de estos tres factores se enfrenta a la confusión que asocia los estudios de futuro con las elaboraciones llevadas a cabo por futurismos imaginarios o alguna otra forma de profetismo abstracto. La diferencia más importante entre el futurismo ensayístico y los estudios de futuro radica en la contrastación permanente y el monitoreo que postulan y practican los segundos en relación con dos dimensiones centrales: (a) las tendencias históricas dominantes; (b) la lógica (política) de diferentes actores que suponen el futuro de manera diversa y que interactúan —conflictiva o cooperativamente— para imponer un presente y/o un futuro.

Mientras los futuristas edifican un porvenir imaginario a partir de sus intuiciones o sus deseos, quienes realizan estudios de futuro contrastan sistemáticamente sus previsiones y sus sospechas con otros actores —generalmente involucrados en la acción colectiva capaz de imponer u orientar trayectorias— y al mismo tiempo con las tendencias, proyecciones y diferentes escenarios existentes y heredados. Esto no significa que los estudios de futuro o prospectivos puedan realizarse con autonomía de las valoraciones de quienes los desarrollan.⁴ Implica que los deseos y las valoraciones pretenden ser controlados y contrastadas tanto con otros sujetos (que poseen valoraciones diversas) como con datos de la realidad que puedan refutar a los simples deseos del investigador.

Asimismo, la prospectiva no constituye una mera proyección de los sucesos actuales sino un punto de partida para el diseño y la elaboración de políticas y estrategias destinadas a alcanzar los objetivos de cualquier institución u organización en las sociedades contemporáneas.

Quienes hacen prospectiva están generalmente preocupados por la sustentabilidad y los senderos sobre los que se van construyendo los futuros. Consideran que las decisiones que se toman hoy generan tendencias hacia determinados horizontes. Y que las decisiones que no se toman hoy esconden la posibilidad de construir determinados futuros. Esto significa que cada determinación, o la suma de ellas, van esculpiendo una serie de futuros posibles. Y decimos en plural “futuros” porque no todo es previsible y no sabemos cómo pueden actuar los individuos, los grupos y las instituciones.

El futuro es una construcción colectiva que no puede ser delineado indefectiblemente. Sin embargo, sabemos que existen tendencias. Sabemos, por ejemplo, que en una sociedad que asume el pluralismo, la equidad y la resolución pacífica de sus conflictos como

forma de convivencia diaria es más probable que se alcancen futuros democráticos que en aquellas sociedades en donde las consignas cotidianas riman más con el autoritarismo y con la violencia.

Los estudios prospectivos, a diferencia de las variadas formas de futurismo, suelen estar comprometidos no sólo con la sustentabilidad del desarrollo sino también con la superación de los problemas del presente, a diferencia de quienes postulan futuros como un ejercicio autorreferente para demostrar capacidades adivinatorias. En el primer caso se trata de confrontar, contrastar y validar en términos de posibilidad con los futuros posibles y deseables. En el segundo, se busca demostrar intuiciones más o menos sorprendentes, convincentes o impactantes sin contrastación de tendencias ni interacción con actores relevantes.

Quienes estudian sistemáticamente el futuro consideran que no hay determinaciones que impliquen condenas irresolubles a repetir el presente. Creen que es posible, con un seguimiento de las tendencias y con reflexión crítica, vencer las fuerzas sociales o naturales que generan determinismos. Coherentes con el énfasis emancipador de la modernidad consideran que es posible el mejoramiento de la calidad de vida mediante la intervención en la construcción de futuros y que algunas tendencias que hoy parecen modelar un porvenir determinado pueden ser vencidas con voluntad, rigurosidad, conocimiento aplicado sistemáticamente, inteligencia y trabajo.⁵

Una de los beneficios que conlleva la disciplina es la capacidad de generar consensos, articular futuros deseables (dentro de los posibles) y contribuir desde las políticas y las acciones presentes a delinear proyectos de futuro. Quienes realizan estos estudios se encuentran comprometidos con la discusión sobre agendas de políticas y la jerarquización de acciones dispuestas para encaminar los presentes. Cuando realizan estudios prospectivos comienzan por entender el pasado e interpretar cómo esos pasados dieron origen a este presente y cómo otros pasados hubieran dado lugar a presentes alternativos. Se interrogan también acerca de qué pasados han sido los antecedentes de los presentes de otras sociedades. O intentan develar qué visiones prospectivas de futuro tuvieron aquellos que modelaron una situación coherente o incoherente con dichas previsiones. Por último, qué acciones colectivas realizaron para efectivizar dichas previsiones o para coartarlas. O, para plantearlo de otra forma, cuáles aspectos de esos pasados fueron verdaderamente responsables de orientar determinados futuros.

Los estudios de futuro parten de la convicción de que las proyecciones no son sólo el resultado inmediatista de las decisiones que tomemos en el presente. Dependen además de las formas en que imaginamos el futuro y de los horizontes y consecuencias que otorgamos a nuestras decisiones. De hecho, las proyecciones que hacemos sobre el mañana suelen influir o por lo menos condicionar ese porvenir. Si, por ejemplo, especulamos con que el futuro nos depara sólo destrucción, aparecerá como impensable el compromiso con el porvenir. Si, por el contrario, imaginamos que en el futuro nos esperan horizontes – como posibilidad realizable, más justos, más bellos, más humanos– el trabajo por prever algunas de sus tendencias (y orígenes en el presente) aparece como un desafío intelectual y ético indudable y estimulante.

Quienes ensayan estudios de futuro consideran que esas realidades de los tiempos por venir son el resultado (también, aunque no únicamente) de los comportamientos y las acciones que se realizan hoy. De alguna manera, quienes se orientan al estudio del futuro son “optimistas” acerca de la posibilidad del hombre y de las sociedades para construir “mundos” y “futuros”, aunque sepan que su modelación no está garantizada y que el resultado nunca será exactamente igual a lo proyectado.

La complejidad de las sociedades presentes y las consecuencias de todas las acciones que desarrollan los hombres y las instituciones plantean desafíos acerca de cómo se construye el futuro a través de las acciones presentes. La prospectiva no sólo distingue tendencias y hace proyecciones; también puntualiza los acontecimientos y los hechos que orientan el presente hacia determinados futuros. Esto es lo que hace de los estudios de futuro algo más que una disciplina descriptiva: además de conocer las fuerzas históricas que pueden orientar las sociedades hacia determinadas realidades, plantean tanto los futuros posibles y los probables así como también los deseables. El reconocimiento de las acciones y los procesos necesarios para orientar los destinos hacia uno u otro futuro es parte del relevamiento y de las conclusiones que todo estudio prospectivo supone. Los estudios que tienen por objeto develar los futuros posibles no sólo están comprometidos con el devenir sino que intentan conocer los procesos necesarios que hagan probables los futuros deseables.

La lógica proyectiva y la honestidad intelectual —no necesariamente presente— lleva a que el prospectivista sea un canalizador, un gestor y un articulador de saberes más que un intelectual aislado capaz de detectar el rumbo de la historia o de “imponer” valores o “gustos” propios acerca de qué carácter deberá asumir el porvenir. A diferencia de otros ejercicios disciplinarios, los estudios de futuro dependen genéricamente de una inteligencia colectiva dispuesta a interpretar los condicionamientos, las visiones hegemónicas y las voluntades capaces de empujar hacia determinados horizontes, con suficiente portación de poder como para imponer determinados caminos. Con la convicción de que el futuro es el resultado de múltiples dimensiones los prospectivistas deben saber que el estudio de futuro es una labor colectiva y que debe existir una vigilancia extrema en relación con la imposición de propios deseos asimilables a los futuros posibles.

El vínculo sistemático con el futuro exige recorrer los caminos de la historia y detectar sus fuerzas más elocuentes. Demanda además una rutina creativa dispuesta a no enneguercerse con el presente ni con los cantos de cisne de las proyecciones de moda. Implica por último objetivar a los actores sociales capaces de imponer visiones y perspectivas. Muchos autores confunden la futurología, es decir la hipotetización no sistemática de futuros, con la ciencia ficción y con los estudios prospectivos. Los primeros no requieren rigurosidad ni metodologías de recuperación de información. Los segundos relatan en forma impresionista —nunca comprometidos con la anticipación— rasgos estilizados de futuros imaginables. Por último, la prospectiva, al igual que cualquier disciplina emparentada con el método científico, pretende un objeto de estudio, una metodología de acceso, algún marco conceptual-teórico y una pertenencia a una comunidad de pares donde se juzgan y jerarquizan los estudios llevados a cabo.

La relación temporal entre pasado, presente y futuro es la que orienta los estudios de futuro. Una buena descripción de los acontecimientos, los procesos y las rupturas sucedidas en el pasado pueden brindar elementos para sensibilizar las orientaciones futuras o para alertar acerca de continuidades, estancamientos y/o cambios. Como el futuro no es algo directamente deducible del pasado y los hombres y sociedades asumen roles de actores que pueden o no reproducir el o los argumentos del pasado, la comprensión objetiva de lo sucedido asume un papel decisivo para cualquier ejercicio de futuro. Si bien se supone que describir el presente o el pasado es una tarea más sencilla que postular futuros, las diferentes versiones posibles acerca de cómo es el mundo (o una situación, o una empresa, o una escuela, o un barrio, etc.) condiciona el punto de partida sobre el que se realizarán los ejercicios de futuro.

Las descripciones no son únicas ni “objetivas” porque dependen del punto de vista (es decir de la teoría) con el cual y desde el cual se mira y se juzga la realidad. De ahí que una misma situación pueda ser descrita de diferentes formas según qué investigador realiza la observación. Existen descripciones cuyo interés radica en los procesos y en la medición comparativa de ellos, lo que los lleva a cuantificar los resultados de su observación. Existen otros investigadores cuyo interés es relevar las rupturas y las significaciones de los cambios, razón que los lleva a realizar relevamientos cualitativos, capaces de desenrañar percepciones del mundo, opiniones e ideas capaces de explicar las motivaciones de determinados sucesos. Ambas formas de relevamiento de datos pueden ser ejercitadas por separado, en forma paralela o consecutivamente. De todas formas, la descripción que se lleve a cabo, o más bien, los resultados de esa descripción, condicionará cualquier intento de estudio de futuro.

Al igual que en el caso de las descripciones del presente y del pasado, la prospectiva utiliza los mismos mecanismos de relevamiento. De un lado echa mano a herramientas cuantitativas que permiten establecer proyecciones de tendencias hacia el futuro o establecer escenarios cuyos procesos sean captados en forma mensurable. Cuantifica variables para intentar obtener magnitudes y pesos específicos capaces de ser comparados: los niveles de inversión o ahorro de una sociedad a lo largo de la historia aparecen como indicadores tendenciales que deben ser relacionados con las posibles causales de sus crecimientos o descensos. O en su defecto con causales potenciales de su modificación a futuro. Las técnicas cuantitativas “empujan” con sus tradiciones y sus regularidades mientras que las herramientas cualitativas captan las significaciones, los sentidos, las ideas que los actores pueden convertir en voluntad, llevándolos a la práctica y estableciendo nuevas situaciones u originando nuevos procesos. Ambas dimensiones terminan articuladas en la realidad cotidiana: toda institucionalidad y distribución de capitales –sean éstos económicos o simbólicos (como los capitales educativos, culturales o sociales)– es el resultado de voluntades en conflicto que han instaurado una manera de distribuir dichos capitales, sea como producto de conflictos previos o como imposiciones determinadas.⁶

Notas

1. Acuña Echeverría, Hernán y Konow Hott, Irene. "Métodos y técnicas de investigación prospectiva para la toma de decisiones". Santiago: Fundación de Estudios Prospectivos, Planificación Estratégica y Decisiones de Alto Nivel de la Universidad de Chile – Futuro, 1990, pág. 6. La categoría utilizada por los autores es "propósitos". Consideramos que el concepto de "voluntad", utilizado en esta introducción, es más adecuado para sensibilizar acerca del poder del individuo o de la sociedad para modificar su entorno deliberada y conscientemente.
2. Las tendencias deben ser entendidas como puntos de partida que ofrecen más o menos resistencias a los cambios, según qué capacidad tengan para ser interrogadas, brindando respuestas acordes con las percepciones dominantes de una época, y según qué disposición –y qué relación de fuerza positiva– tengan determinados actores para alterar su regularidad y continuidad.
3. Para retomar una repetida humorada epistemológica, que pretende sensibilizar más que conceptualizar, podríamos afirmar que lo que dice el biólogo sobre la célula no impacta sobre ella, no la resiente ni la pone a la defensiva sobre su condición: no toma en cuenta lo que dice de ella el científico. La mirada sobre los hechos naturales no "cambian" esos hechos. Sin embargo, la mirada que tenemos sobre la sociedad impacta sobre ella: si afirmamos e intentamos persuadir al resto de la sociedad acerca de que la pobreza es un hecho natural y que "siempre habrá pobres", y logramos nuestro cometido, la exclusión podrá ser tomada como algo que no es posible de ser cambiado ni desaparecerá en el futuro. Por el contrario, si demostramos y buscamos consenso –y lo generamos– acerca de que la pobreza es un hecho social construido por ciertas voluntades que han generado consensos y que han triunfado contra sus opositores en conflictos sociales, nos encontramos en mejores condiciones de plantear la erradicación de la pobreza. Conocemos las dificultades que subyacen a esta separación tajante entre las "dos culturas" de las ciencias naturales y las ciencias sociales, en lo atinente a la relación sujeto y objeto: una perspectiva termodinámica podría compartir afirmaciones semejantes a las realizables desde las ciencias sociales. Sin embargo, al no ser el objetivo de este trabajo, presentamos el problema de una manera analítica y pedagógica y no en profundidad.
4. Utilizamos los conceptos de prospectiva y de estudio de futuro como sinónimos. Aunque existen tradiciones que pretenden diferenciar ambas nominaciones, ninguna clasificación ha logrado separar sistemática y tangencialmente ambos términos. El vocablo prospectiva deriva del verbo latino "*prospicere*", que remite a "mirar a lo lejos o desde lejos". Para algunos autores, la prospectiva es una de las formas que asumen los estudios de futuro. Para éstos, su particularidad reside en que posee un carácter sistemático –ausente en el resto de los estudios de futuro– y que usualmente dedica sus esfuerzos a períodos de corto y mediano plazo (entre cinco y treinta años), mientras que los estudios de futuro incluyen además los ejercicios de larga duración, es decir de "ondas largas", o sea de varios siglos. Según algunos autores, el término prospectiva fue conceptualizado inicialmente por el francés Gaston Berger en el año 1957, para diferenciarse de los estudios ingenuos cargados únicamente de previsión proyectiva, y por ende, de predicción determinista. El término prospectiva, en opinión de Hugues de Jouvenel y Pierre Masse, "nació de una rebelión del espíritu contra el yugo del determinismo y el juego del azar". Para André Clément Decouflé, es un "conjunto de estudios relativos a la evolución futura de la humanidad que permiten deducir datos de previsión". Para un debate sobre la clasificación de los estudios de futuro, véase Godet, Michel. *Creating futures*. Económica. Londres, 2001.
5. La modernidad ha luchado desde el siglo xv hasta el presente por difundir criterios emancipatorios y de búsqueda de la autenticidad. Los primeros basados en la liberación del hombre de las cadenas naturales (las catástrofes como los terremotos, las enfermedades, el dolor físico e incluso la propia muerte) y sociales (la dominación de unos hombres sobre otros, la distribución de la riqueza, la democratización del poder). La búsqueda por la autenticidad se expresa en la persecución de la belleza, la originalidad, la identidad. Para una profundización de esta doble lucha, más adelante desarrollaremos los nexos ético-políticos que enmarca todo ejercicio de prospectiva.
6. Para una profundización sobre la teoría de los capitales ver: Bourdieu, P.: *El sentido práctico*. Editorial Taurus, Madrid, 1990.